

EL NOMBRE ¿O EL OLOR? DE LA ROSA

José Luis Ollero Beriaín

Abril 2009

Este artículo fue publicado en **Bolecín**, Boletín de difusión de la Educación Ambiental en Castilla y León, nº 71, Enero 2009

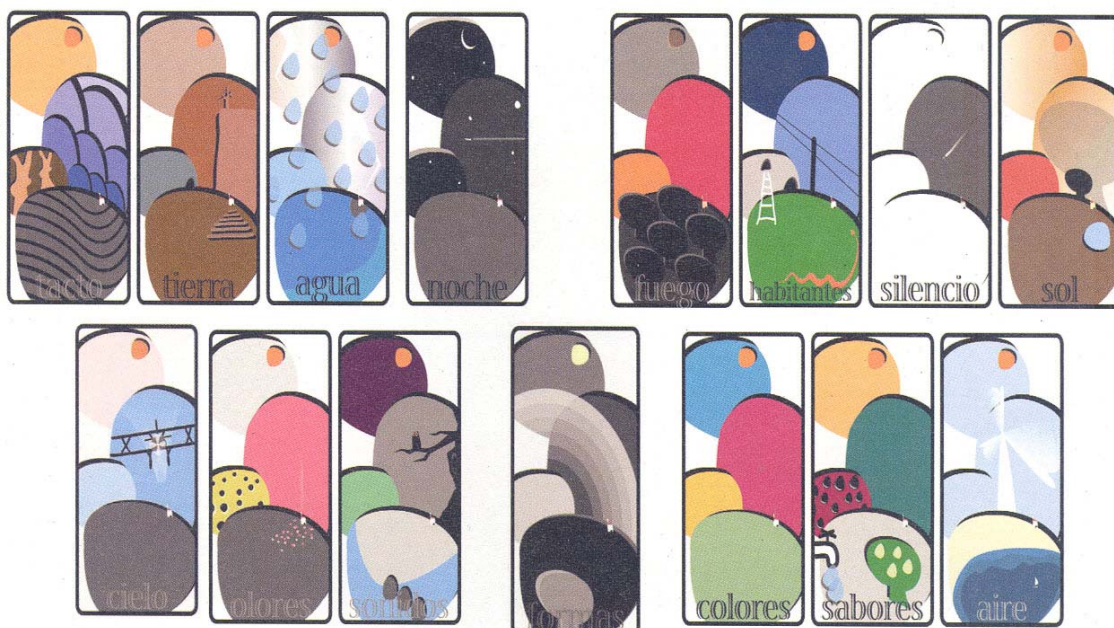
A José Luis Ollero Beriaín
Asesor metodológico en educación ambiental

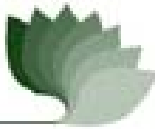
Recientemente la aspirante a la vicepresidencia de los Estados Unidos, Sandra Palin, nos recordó que, increíblemente, en el Siglo XXI, el debate entre creacionistas y evolucionistas; entre los partidarios de Yahvé y los de Darwin, sigue abierto. Sin embargo, si examinamos a uno y otro más de cerca observaremos que ambos tienen más puntos en común de lo que parece, al menos en los planteamientos puramente epistemológicos. Así es, puesto que tanto la metodología divina como la darwiniana de aproximación a la Naturaleza, nos llevan indefectiblemente por los bien trillados senderos de la taxonomía. En el segundo capítulo del Génesis, leemos cómo Jehová creó a los animales: "Yahvéh formó, pues, de la tierra, toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre". (Gen.2.19) Una tarea mítica, más que bíblica, si pensamos que a Linneo su obra le llevó casi toda una vida. ¿Sería posible un Universo paralelo en el que un creador contingente hubiera puesto los seres vivos ante el hombre con otro mandato? "Yahvéh formó, pues, de la tierra, toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que advirtiese la belleza de sus colores, y la armonía de sus cantos, y sus delicados olores, y sus fantásticos sabores" ¿Un paseo por el Edén en el que no fuera necesario el cuaderno de campo para apuntar nombres y la caja para guardar especímenes? ¿Un mundo emotivo y sensorial?

VENIMOS DEL MAR

Siempre me ha llamado la atención el hecho de que casi todos añoramos el mar. ¿Qué tiene el mar, un entorno tan limitado e inhóspito de arena y agua donde no hay plantas, ni árboles, ni animales que podamos ver, ni flores que podamos oler y coger? Puede que no gran cosa. Pero para la mayoría es el primer entorno natural al que accedemos de manera exclusivamente sensorial. ¿Qué perciben los niños del mar? La textura y el contacto de la arena, seca, mojada, fría, caliente, y en todos los grados de humedad y temperatura posibles. Y un contacto que no se limita a los dedos o a las manos, sino a todo el cuerpo que se reboza literalmente de arena; arena que se convierte en elemento de disfrute y de juego. Y el agua salada; y el vaivén y el golpeteo de las olas que además depositan objetos en la orilla; conchas que se recolectan, se palpan, se limpian, sirven de juguetes. Y el color del cielo y de los crepúsculos en el mar. Y el calor del sol, más epidérmico en el mar por la desnudez que en ninguna otra parte. Y el sonido único de las olas y de las gaviotas. La vivencia del mar (olvidémonos de los pescadores de Alaska) es pura experiencia sensorial. ¿Por qué no habría de serlo también la vivencia de nuestros bosques, de nuestros prados, o hasta nuestros huertos y jardines?

Con esta idea tan simple como motor de arranque, sintetice una "Metodología de lo Sensorial y Emocional en la Educación Ambiental" que se plasmó en un curso para profesionales de la educación financiado por el CENEAM e impartido por el equipo de "El Remolino Educa S.L.", y en una guía de trabajo que fue editada por el Ministerio de Medio Ambiente*, y que, a través de un sencillo juego de cartas, facilita al docente el inicio de diferentes maneras de aproximación de sus alumnos a su entorno natural más inmediato de una manera sensitiva y desinhibida.





UNA BARAJA MARCADA

La baraja consta de quince cartas divididas en tres grupos: el primero, de cinco cartas, corresponde al mundo de los sentidos: colores, olores, sabores, sonidos y tacto. El segundo, de cuatro, corresponde a los cuatro elementos presocráticos: agua, aire, fuego y tierra. Y el tercero consta de seis comodines: el cielo, el sol, el silencio, la noche, las formas y los habitantes de la Tierra.

Las múltiples propuestas de juego que las cartas permiten pueden comenzar extrayendo una de ellas al azar: "los colores". Los niños harán un esfuerzo de percepción de todos los colores que vean en su recorrido. Sucesivamente se irán sacando nuevas cartas que añadirán nuevas situaciones al juego: los olores: los olores en la tierra; el tacto en los habitantes, las formas en el cielo, los sonidos de los objetos: ¿Suenan las piedras? ¿Y los árboles? ¿Cómo? etcétera.

EL NOMBRE DE LA ROSA

Al final, el sendero, el recorrido que hemos elegido como lugar de nuestra experiencia se convierte, como la playa de nuestra infancia, en escenario de juego vitalista e impregnación cuasi osmótica de elementos para nuestros niños-esponja. Es posible que después su curiosidad quiera saber el nombre de aquella bonita flor que olía tan bien y que tenía unos pétalos tan suaves, pero que también pinchaba. Y sólo entonces les diremos que se llamaba rosa, no vaya a suceder que, como dice el verso, "Stat rosa pristina nomine, nomine nuda tenemus" o, lo que es lo mismo, que al final nos quedamos con un nombre y nada más, que es lo que le pasó a Adán en el Edén y volvemos al principio.

Ni voy a darme el autobombo de cantar aquí el éxito que tuvo el curso ni puedo plasmar los testimonios entusiastas de los profesores que aplicaron después la metodología. Pero en base a ambos debo animar a todos los docentes castellano leoneses a quitarle la cáscara academicista a la educación ambiental y dejar que la Naturaleza y los niños tengan encuentros informales a flor de piel. El futuro lo necesita.

* Somos Naturaleza. Metodología de lo sensorial y emocional en la educación ambiental. Equipo pedagógico de El Remolino Educa. Organismo Autónomo Parques Nacionales, 2007.
http://www.mma.es/portal/secciones/formacion_educacion/recursos/rec_documentos/somosnaturaleza.htm